

TRIBUNA ABIERTA

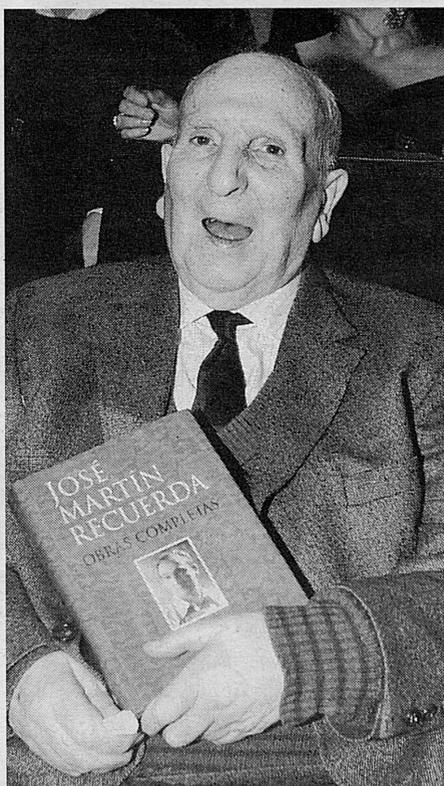
El magisterio de Martín Recuerda

JOSÉ MORENODÁVILA

TRAS el fallecimiento del dramaturgo José Martín Recuerda se han publicado diversos artículos señalando, como no podía ser menos, la importancia de su obra dramática y el rastro dejado en el teatro español por este autor granadino. El Ayuntamiento de Granada y la Compañía Corral del Carbón se encargaron el pasado día doce de que los espectadores granadinos pudieran rendir al dramaturgo recientemente fallecido, que no desaparecido, el mejor homenaje que se le podía rendir: la representación de una de sus obras de mayor fuerza dramática, interpretada además por quienes fueron sus alumnos, tanto en las aulas como en la participación en las representaciones teatrales llevadas a cabo por el antiguo TEU y el taller de la Casa de América. Fue una puesta en escena emocionante y emocionada por parte de la Compañía Corral del Carbón y también por parte de quienes asistimos a ella.

Pero aún no he visto nada escrito en estas tristes fechas, posteriores a su fallecimiento, sobre su magisterio como profesor; y me parece que alguno de sus alumnos, como es mi caso, estamos muy obligados a ello. Fui alumno de José Martín Recuerda en el inolvidable ambiente de aquellos años en el Instituto Padre Suárez, en el que impartían su docencia magníficos profesores como Domínguez Ortiz, María Gracia Lazcano, Emilio Orozco y otros muchos que componían una nómina de auténticos maestros que algún día convendría repasar y homenajear.

José Martín Recuerda no era un profesor que se limitara a impartir conocimientos, ni mucho menos a hacer aprender una lista de autores con sus fechas y obras más importantes. Lo que impartía Martín Recuerda era amor a la literatura. Como resultaba lógico, algunos alumnos llevaron ese amor hasta la dedicación amateur e incluso profesional a la literatura, al teatro y al cine. Y eso es importante, como nido de vocaciones al calor de un profesor de temperamento que comunicaba su pasión por aquello que enseñaba. Pero sin embargo hoy querría fijarme en una labor menos vistosa y más oculta,



pero a mi modo de ver tal vez más importante: Martín Recuerda hizo amar la literatura y gozar con ella entonces y, sobre todo, en el futuro, a generaciones de alumnos que en su día transitarían y en la actualidad transitan por otros derroteros profesionales, pero a los que sumó la indudable cultura personal y profesional que conlleva el hábito de la buena lectura.

José Martín Recuerda no explicaba sentido, porque lo que tenía que comunicar necesitaba de toda su expresividad, paseando y mirando a la cara a sus alumnos, hablando con las manos, la cara y los ojos, que incluso a veces se volvían acuosos por la emoción que le causaba lo que en ese momento comunicaba. Ahora que está tan de moda la inteligencia emocional podríamos decir que él aprendió antes que toda esta corriente a enseñar de forma emocional, comunicando emociones que despertaban el ansia de leer, con la

esperanza de poder gozar de sensaciones parecidas a las suyas, cosa muy difícil como difícil es emular la sensibilidad de una personalidad como la de Martín Recuerda.

En estos tiempos en que a la juventud tanto le cuesta leer y, sobre todo, leer buena literatura, lo que les priva de toda una importantísima vertiente de la cultura humana, el profesor Martín Recuerda resulta un ejemplo a seguir para comunicar a las jóvenes generaciones todo el mundo maravilloso de la imaginación, las ideas y las emociones que se encuentran en la lectura de un buen libro o en la presencia a una buena representación teatral.

Pero no solo en lo que se refiere a la literatura, sencillamente como profesor no es fácil comunicar emociones además de impartir conocimientos. Un profesor puede hacer, como todos sabemos, amar u odiar una determinada disciplina y me temo que a nuestros actuales alumnos les hace mucha falta, entre tantos planes educativos y pedagógicos, pasión, amor de los docentes por sus alumnos y por la materia que se enseña.

Desde luego que no puedo por menos que estar agradecido al magisterio de este profesor amante de la literatura y que hacía amarla a sus alumnos. Creo con toda seguridad que puedo decir que mi agradecimiento personal es el agradecimiento de otros muchos de los que fueron sus alumnos y que recuerdan aquellas clases de una forma especial, diferente a otras. Los que las recuerdan como aquello que hizo nacer en ellos el amor por la literatura y el teatro, el amor por la lectura. Y cuando ese amor se recibe en esos años escolares permanece durante toda la vida. Y quizá sus antiguos alumnos que puedan leer este artículo, cuando inicien la próxima lectura de un libro, puede que este verano en una tarde serena junto al mar, puedan explicitar de forma consciente ese agradecimiento que tantos debemos al magisterio especial de ese buen profesor y ese buen hombre, además de magnífico dramaturgo, que fue José, o Pepe, como quieran, Martín Recuerda.